

## Capítulo 333

### La Guerra de los Apóstoles: Llegada

Eris frunció el ceño con odio, mientras miraba al hombre que casi había matado a su hermana unos momentos antes.

Bekka intentaba actuar con calma por su bien, pero la elfa sabía que nunca más podría volver a ver con ese ojo.

Si se hubiera movido un poco más rápido, podría haberla salvado y mantenerla completamente intacta.

Se sentía culpable, enojada y abrumadoramente vengativa.

Todo el cuerpo de Eris quedó envuelto en un extraño brillo blanco, que nunca antes había mostrado.

Sintió que la nueva energía extraña dentro de su cuerpo comenzaba a volverse loca y a extenderse por todo su ser.

-¿Eris...?

Bekka observó con confusión, en su ojo restante, cómo su amada hermana se volvía irreconocible.

Un gran caribú blanco, con malvados cuernos negros y hermosos ojos verdes, estaba parado donde la elfa oscura madura había estado unos momentos antes.

Jadaka también parecía bastante sorprendido, ya que no tenía ni idea de cómo identificar la extraña energía que ahora fluía de su cuerpo en ondas.

Eris bajó la cabeza y cargó contra Jadaka, que flotaba en el aire, sin importarle su nueva transformación.

El rey dragón se preparó para cortarla con su espada de hueso, cuando unas cadenas oscuras se envolvieron alrededor de su torso y restringieron su movimiento.

Sin forma de defenderse, Jadaka recibió toda la fuerza del cabezazo de Eris y salió volando a través de una pared en ruinas.

Una ligera brisa en su pecho le alertó de que algo podría haber salido mal y miró su armadura con preocupación.





Había un gran agujero en el centro de su placa pectoral, y el resto de su armadura también había comenzado a mostrar algunos signos de agrietamiento.

'¡Esto no es posible..!'

Se suponía que esta armadura era indestructible, cuando se trataba de magia y armas, ya que estaba hecha de las escamas del propio dragón dorado, además del extremadamente raro oricalco.

¡No debería haber sido dañada por nada, y mucho menos por los cuernos de un simple animal!

"¡Estás acabado, Jadaka!"

Arrastrándose desde el suelo, el rey dragón vio algo que le puso los nervios de punta.

Audrina estaba sentada en la espalda de Eris, mientras sostenía las mismas malditas cadenas negras que aún restringían su propio movimiento.

Pero no fue una cosa tan pequeña como esa lo que hizo que esta escena fuera tan exasperante.

Las ocho esposas estaban nuevamente reunidas y lo rodeaban como si fuera una especie de presa miserable a la que había que acorralar.

Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que ya no podía sentir a su ejército.

¡Esto fue increíble!

No estaba contando, pero sospechaba que había estado ocupado peleando durante unos veinte minutos más o menos.

¿¡Sólo les tomó ese tiempo matar a quinientos millones de personas!?

¡No estaba seguro de si debía maravillarse de su destreza o maldecir la inutilidad de sus propios hombres!

¡Incluso Lotan había sido derrotado, y su cabeza estaba actualmente colgando del costado del cinturón de Seras, como una especie de maldito accesorio!

—¡Una broma... todo esto es una jodida broma monumental! —rugió.

Apophis exhaló otra ola de su veneno de nivel Eitr, que hizo que incluso el suelo comenzara a temblar, y Jadaka sintió que su cuerpo comenzaba a mostrar algún tipo de reacción.



Sentía como si sus pulmones y sus ojos estuvieran quemándose con aceite de maní caliente, y ya podía sentir que la sangre empezaba a brotar de su esófago.

Aunque no lo iba a matar, lo haría muy miserable.

"No más juegos... ¡¡NO MÁS JUEGOS!!"

Jadaka flexionó los brazos y las cadenas que lo ataban se rompieron bajo su fuerza.

Su espada regresó rápidamente a su palma abierta y levantó la hoja por encima de su cabeza.

"¡Los veré a todos arder hasta morir frente a mí! ¡Este mundo entero quedará bajo mis botas y ninguna de ustedes vivirá lo suficiente para presenciar mi gloriosa ascensión!"

A instancias suyas, la gema púrpura en el pomo de su espada comenzó a brillar con una luz negra y se abrió un agujero en el cielo.

\* \* \*

En las tierras humanas de Gilgamesh, se encuentra una catedral de un blanco puro, que era el centro de su adoración y alabanza.

En la habitación más alta, en lo alto de la torre más alta, se podía ver a Samyaza, sentado en una mesa de sus aposentos privados.

Actualmente se encontraba leyendo un libro y buscando estar en total paz con su entorno.

De repente, alguien llamó a la puerta de su habitación privada y suspiró decepcionado.

'Justo cuando estaba a punto de llegar al tema obsceno...'

-Por favor, entra-dijo educadamente.

Al momento siguiente la puerta se abrió y una mujer entró en el dormitorio.

Ella era absolutamente hermosa, con un largo cabello castaño, que le llegaba hasta el trasero y ojos verdes que brillaban como esmeraldas puras.

No tenía una figura voluptuosa, ni una apariencia sexy y deslumbrante, en cambio tenía una complexión más delgada, que recordaba a los elfos.

—Ah, eres tú, Charlene. ¿Estás bien, querida? —dijo Samyaza cortésmente.





La joven parecía absolutamente eufórica de que su eminencia se refiriera a ella con tanta naturalidad, e incluso tuvo vía libre para entrar en sus aposentos personales.

Era como el sueño de toda mujer joven, vivir una vida como ésta.

Y se sintió aún más contenta de poder contarle la noticia que tenía para él.

Colocó sus manos sobre su estómago y dejó que una pequeña lágrima de alegría cayera de uno de sus ojos verdes.

"Mi eminencia... Parece que estoy encinta."

Samyaza sólo necesitó un milisegundo para verificar esta información, y de inmediato se teletransportó frente a ella.

—¡Es... verdad...! ¡Estás embarazada, querida mía...! —dijo emocionado.

La alegría de la mujer se multiplicó cien veces, cuando vio que el hombre que amaba estaba aún más excitado que ella.

Este día fue verdaderamente monumental y auspicioso.

Samyaza se sintió tan conmovido que la tomó en sus brazos y la llevó hacia la cama.

"M-Mi eminencia-"

"Ahora eres libre de llamarme Samyaza, querida. Serás mi emperatriz, no tiene por qué haber una jerarquía entre nosotros".

"Ya veo... ¡mi querido Samyaza...!"

El arcángel colocó suavemente a la mujer en la cama y comenzó a quitarle su vestido blanco.

"Lamento mis prisas, pero me siento tan abrumado por la emoción en este momento, que no puedo pensar en otra forma de aliviarme", dijo obsesivamente.

Charlene parecía no tener ningún problema con su repentina pasión y extendió los brazos mientras esperaba que él la abrazara.

"No tienes por qué disculparte. ¡Todo mi ser está a tu disposición, para que hagas lo que quieras con él!"

Eufórico, Samyaza se preparó para lanzarse sobre ella y perderse en éxtasis, cuando de repente se detuvo y sus ojos multicolores casi abandonaron su cráneo.



Incluso su nueva emperatriz podía sentirlo, por alguna razón el aire dentro del mundo parecía haberse vuelto terriblemente más pesado.

"¿Q-Qué... es eso..?"

-Charlene, quédate aquí.

Samyaza se levantó de la cama y se puso una bata blanca para cubrirse la parte superior del cuerpo.

Antes de que la mujer pudiera preguntar a dónde iba, desapareció en un destello de luz dorada.

\* \* \*

La espada de Jadaka tenía una característica muy especial y aterradora.

Claro que se podía usar para matar dragones y absorber su poder, pero también había una habilidad completamente diferente, algunos dirían que más injusta.

Subyugación.

Al asestarle una herida fatal a un dragón, Jadaka podía apoderarse de sus mentes y almas, convirtiéndolos en sus propios drones gigantes.

Y como Jaldabaoth quería estar seguro de poder matar a Abaddon, le dio algunos de sobra.

Desde el enorme portal en el cielo, diez enormes dragones, que parecían fantasmas, comenzaron a caer desde una dimensión de bolsillo.

Pero estos no eran los dragones comunes y corrientes de Dola.

Éstos eran verdaderos dragones, cada uno de ellos parecía tener más de cinco mil años antes de morir.

Como referencia, esto significaba que cada una de estas criaturas tenía aproximadamente el mismo nivel de fuerza que un olímpico griego.

Y Jadaka acababa de convocar a diez de ellos a este mundo, que nunca estuvo destinado a manejar tal nivel de poder.

Todos eran de diferentes formas y tamaños, desde los orientales hasta los occidentales, e incluso había uno extrañamente familiar, con tres cabezas.

La mera presión de estas criaturas derribó la mayoría de los edificios, de la ya destruida Luxuria, y dañó gravemente la estructura del resto.







Mientras las esposas y Apophis observaban a estas criaturas volar sobre sus cabezas, un sentimiento de impotencia se apoderó de sus huesos por primera vez.

Esto estaba mucho más allá de sus capacidades actuales.

"¿Os sentís derrotadas? ¿La desesperación atormenta vuestro ser?", se burló Jadaka.

Ninguno de los miembros de la familia le ofreció ninguna refutación, mientras apretaban los dientes con odio.

Sin duda alguna, este hombre era la única persona que odiaban con todo su ser.

No había nada que no dieran por verlo morir en llamas, pero por ahora no tenían forma de hacer realidad ese sueño.

¿O sí?

—Chicas... creo que voy a lograr la ascensión —dijo Audrina con gran dificultad.

Como era de esperar, ninguna de las chicas lo aceptó.

Valerie: '¿¡Qué!?'

Lailah: '¿Estás loca?'

'¡No! Si logro convertirme en una verdadera diosa, entonces tal vez pueda equilibrar la balanza, antes de que el mundo me expulse al reino superior!'

Bekka: ¡Te dijimos que no! ¡Solo tienes un treinta por ciento de posibilidades de éxito y, cuando te vayas de aquí, es posible que nos olvidemos de ti!

"Sé los riesgos, pero ¿qué otra opción tenemos, Bekka? Si no hago esto, ¡moriremos aquí ahora!"

Todas las chicas apretaron los dientes, mientras las lágrimas caían inadvertidamente de sus ojos.

¿Realmente no había otra manera de salir vivos de esta situación?

-¡No... mira!

De repente, Apophis señaló hacia el lejano horizonte, donde una escena horrorosa se desarrollaba ante sus ojos.

Millones y millones de demonios y vampiros se acercaban en sus alas, junto con un ejército de fénix llameantes y enanos fornidos que cabalgaban sobre las espaldas de cualquiera que pudiera llevarlos.



A la cabeza, Valerica estaba acompañada por Darío, la hermana de Audrina, Isabelle, y los Éufrates, que había sido enviados junto con el ejército.

"¡¡No abandonaremos a la familia real!!"

"¡Cualquier triunfo lo superaremos juntos!"

"Ese bastardo mató a mi mejor amigo, ¡quiero su cabeza en una estaca!"

La puerta de la mansión se abrió de golpe y todos sus habitantes salieron al exterior, encabezados por Sei, Mira y Gabbrielle.

Parecía muy claro que ellos también se habían cansado de permanecer inactivos y finalmente habían venido a ayudar.

Incluso Yara y Asmodeus, el hombre con cicatrices y un solo brazo, estaban afuera, sin importarles el peligro.

Pero las emperatrices estaban más que un poco horrorizadas al ver a todas las personas, que tanto querían proteger, correr de cabeza hacia esta misión suicida.

"Tontos... ¿por qué no pudieron escuchar...?", sollozó Lisa.

Ella no fue la única que se emocionó, ya que la mayoría de las esposas ahora mostraban algún grado de dolor.

Jadaka sonrió alegremente ante su absoluta miseria, mientras sus ojos también se dirigían a los refuerzos que llegaban del mar.

"¡Esto es perfecto! Has destruido mi ejército, debería pagarte la misma cortesía, ¿no?"

"¡NO!"

"¡Destripadlos a todos!" ordenó.

Mientras los diez dragones concentraban su atención en el ejército de Tathamet, las ocho esposas se lanzaron hacia Jadaka sin tener en cuenta sus debilidades o su miedo a la derrota.

Riendo maniáticamente, Jadaka levantó su propia arma y se preparó para derribar al primero que chocara espadas con él.

Una catástrofe estaba a punto de desencadenarse y el mundo parecía prepararse para una batalla en la que se producirían daños irreparables.

Pero antes de que pudiera derramarse la primera sangre, hubo un cambio.

No fue nada dramático, y aún así todo el mundo lo notó.





Un escalofrío recorrió las espinas de todas las criaturas vivientes y no muertas del mundo entero, sin siquiera saber de dónde venía.

Era el sentimiento que se siente al introducir un nuevo depredador máximo en el reino animal.

Sin embargo, sólo unos pocos fueron capaces de identificar con exactitud de quién o de qué podía provenir ese nuevo sentimiento.

Incluso si era drásticamente diferente de lo que recordaban.

Para Samyaza, que había estado observando esta debacle desde lo alto del cielo, esto fue más que una pequeña sorpresa.

'Pensé que tendría que intervenir yo mismo, pero parece que no hay necesidad... Muéstrame algo grandioso entonces, Abaddon.'

